

CRUCES

Afuera rugen las olas. Me veo rodeado por paredes de piedra. Sobre una mesa hay conchas, ágatas que una vez besaron la arena, y un barco al interior de una botella traslúcida. Dejo mi copa de vino del país sobre una mesita baja y me acomodo en el sillón. Recito un poema que empieza así:

ALBERTO ROJAS JIMÉNEZ

Entre plumas que asustan, entre noches,
entre magnolias, entre telegramas,
entre el viento del Sur y el Oeste marino,
vienes volando.

Mientras recito modulo la entonación (que tiende a lo apasionado y asertivo) y muevo lentamente mi cabeza. Por momento bajo los ojos, o los entorno, o se quedan mirando hacia arriba tras un ligero giro de mi cabeza. Apenas he concluido el poema cuando exclamo:

—¡Madre!

Sacudo la cabeza. Sin levantarme del sillón, trato de confirmar que las paredes no son de roca, y que no hay motivos marinos en la decoración hogareña. Es inútil. Todo está sumido en una espesa neblina amarillenta. Ah, pero esta ceguera ya es bastante tranquilizadora. Y no se escuchan las olas, sino ese ruido de tráfico de fondo que, algo apagado, sube de la calle. A ver... Tanteo la mesita que está a un lado del sillón, hasta dar con una taza. Claramente no es una copa de cristal. La taza está tibia. Así que las chances de que adentro haya vino son muy bajas. Dudo que sea sake o ese vino con especias que sirven en los mercados navideños de Europa central. En todo caso, no será vino chileno. Huelo, y más que convencido, me atrevo a probar. Es, por supuesto, café con leche. No me gusta tan frío. Se debe haber enfriado tan rápido debido a la ventana entreabierta. O quizás esta duermevela ha sido lo bastante larga. Toso. Mejor idea habría sido engullir el café con leche mientras todavía estaba caliente.

No importa. Lo bueno es que taza y contenido vienen a reafirmar que todo no ha sido más que un sueño. Un sueño absurdo. Y ese poema que es como un borrador. Rimbombante y voluble, por no decir atolondrado. Cuando Madre se entere... No va a querer saber nada del sueño. Yo también fui comunista, pero en esa época serlo significaba otra cosa. Era la libertad tras la opresión del régimen zarista. La desilusión llegó con Eisenstein, con esas películas que delataban el maniqueísmo y el nacionalismo del nuevo sistema. Por eso, la fiesta no podía ser completa cuando los bolcheviques echaban del Este a los nazis. Sí, en cambio, cuando la liberación de París. Poco duró esa alegría. Ya llegaba la dictadura a estas costas.

Recuerdo a mi amigo Alberto Rojas Jiménez. Mi amigo epistolar. Vienen a mí versos conmovedores de su pluma:

Adolescencia acodada al marco de las ventanas.

Comenzó por entonces la canción que hoy continuó.

Era la vieja historia del arcoiris y la palabra amor.

Esto, y lo bueno de que el sueño ya se ha disipado, me tranquilizan. ¿Cómo pude pensar que yo fuera él? Cuando nunca me moví de aquí, de este sillón y de este living. Pero... no, razonémoslo bien, así no es garantía de nada. ¿Cómo tendría que ser para que...?

De afuera, por la ventana entreabierta, viene el ruido sordo de motores y bocinazos, emitidos sin duda por un número considerable de automóviles. Tuerzo la cabeza en dirección a la corriente de aire, pero una especie de niebla amarillenta me impide ver nada con claridad. Una de mis manos busca un plato que hay sobre la mesita a mi derecha; ya coloco sobre él la taza caliente de café con leche que tengo en la otra mano. Me acomodo en el sillón. Recito un poema que empieza así:

ELVIRA DE ALVEAR

Todas las cosas tuvo y lentamente

todas la abandonaron. La hemos visto
armada de belleza. La mañana
y el claro mediodía le mostraron,
desde su cumbre, los hermosos reinos
de la tierra. La tarde fue borrándolos.

Mi voz es grave, balbuceante. Mi entonación monocorde, algo melodramática. Digo los últimos versos y ya me veo presa de un aturdimiento. Pestañeo fuerte y verifico que veo con nitidez. Ya no dormito. Desde mi cómodo sillón percibo a una mujer de espaldas, que coloca grandes platos sobre una mesa donde hay varias botellas de vino. Escucho las olas romper, y no ese ajetreo urbano. Reconozco a mi alrededor las cuatro paredes de piedra y los motivos marinos de la decoración. La pesadez de mi estómago comienza a aliviarse: se ha disipado el sabor, ¡qué digo!, la imagen de una taza de café con leche. Veo mi copa de vino incólume sobre la mesita baja. Resulta todo bien claro. Ha sido sólo un sueño. Un sueño ridículo, inadmisible. Esos versos jamás podría haberlos escrito yo. Todo tan formal y remoto, atenuado, carente de espontaneidad, y que no emana de un cuerpo.

Dentro de poco empezarán a llegar los invitados. Cuando les diga... En algo no cambiarán mucho las cosas. Siempre pasamos horas despotricando contra los reaccionarios de este mundo. Especialmente los de América. ¿Qué creen los tiranos, que uno va a quedarse con los brazos cruzados? El pueblo encuentra los medios necesarios para alcanzar la libertad. Por las armas o, como en mi país, por las urnas.

Elvira de Alvear... Me entusiasmé tanto cuando ella iba a publicar mi libro. Finalmente, el plan quedó en nada. Bueno, eso ya poco importa. No deja de ser un mal recuerdo pero no es nada comparado con el alivio de ver que todo fue un sueño. Está todo bien... y aun así hay algo que sigue inquietándome. ¡Qué desconcertante! ¿No será que...?

¿Se conocieron en vida? Me asalta esta pregunta. Así que interrumpo aquí la lectura. Lectura de estos papeles que están frente a mí en el escritorio. Y que, apenas un rato antes, estaban sobre una pila con más papeles, todos puestos ahí precisamente para ser leídos a su debido tiempo. Me digo: "Entremos a internet para chequear esta inquietud. Pero no, el que debe saber algo de esto es Salvador. ¿Qué estará haciendo ahora, mi sabio amigo?" Lo llamo a su celular pero me da ocupado. Me pongo a releer la parte en que había quedado cuando recibo una llamada. ¡Qué alegría!, es Salvador que responde a mi llamada de un minuto atrás. Le explico el problema. Me dice:

–Sé que se encontraron una vez cuando eran veinteañeros. Fue aquí, en Buenos Aires. El encuentro se vio precedido de años de afectuoso contacto epistolar. Eso sí, la reunión cara a cara no pasó de ser diplomática. En ella parece que coincidieron en que el estado de la lengua española no era favorable a la literatura.

–¿Te acordás de que con Cortázar la cosa tampoco prosperó? Y eso que Borges le publicó el primer cuento.

–Sí. De todas formas esa reunión con Pablo fue mucho antes del boom. Cuando se encontraron eran muy jóvenes los dos. Cambiando de tema, ¿tienes algo que hacer ahora?

–No especialmente. ¿Por qué?

–Estoy por la calle Corrientes y vi que en una hora dan una película de estreno, con muy buena crítica.

Me cuenta un poco más sobre esta película mientras verifico por internet que de hecho es la misma de que me han estado hablando magníficamente. Un thriller psicológico. Acepto. Acabada la conversación telefónica, termino en escasos minutos la lectura del cuento fantástico que había empezado antes. Me cambio de ropa y salgo a la calle en dirección al cine.

Marcelo Sánchez